

Ponencia presentada a nombre de la facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, sede de Medellín, en el III Foro Nacional de Filosofía realizado en Bogotá durante los días 26, 27 y 28 de julio de 1978.

La coyuntura en la cual se sitúa el trabajo actual con respecto a las prácticas discursivas, cobijado en forma genérica bajo el nombre de "reflexión epistemológica", nos sitúa ante una doble perspectiva que por su misma ambigüedad ha permitido el surgimiento, básicamente, de dos actitudes aparentemente contradictorias con respecto a dicho trabajo y sobre los cuales quisiéramos hablar:

Al lado del auge positivo y fructífero —aunque a veces inusitado— que el tratamiento de ciertos problemas epistemológicos ha tomado en nuestro quehacer pedagógico, se encuentra el rechazo generalmente violento de la "intromisión" de estas temáticas en el dominio de las disciplinas científicas, rechazo llevado a tales extremos que entra de lleno a descalificar como no pertinentes, tanto la eficacia, cuanto la legitimidad de tal trabajo.

Quizás ambos caminos se distancien y se legitimen uno contra otro, —polémica que ha dominado el planteamiento de las diferencias entre ambas perspectivas—: lo cierto es que ambas parten de un mal entendido común: la no delimitación de los terrenos en los cuales se ejerce como pertinente la reflexión epistemológica.

Que la epistemología haya abierto un debate contra todas las visiones totalizantes; se haya puesto en abierta oposición con las manipulaciones ideológicas y pedagógicas de los sistemas filosóficos clásicos; haya, en fin, abierto nuevas perspectivas de trabajo para el quehacer filosófico, es un hecho innegable. Es sabido que tal tipo de trabajo tiene como condición de posibilidad para su realización, la puesta en escena del carácter histórico de la producción de los conocimientos⁽¹⁾, historicidad que le ha permitido diferenciarse de los intentos filosóficos tradicionales por construir modelos de cientificidad absolutos, únicos e incondicionalmente valederos y de los cuales una larga tradición filosófica ha dado varios ejemplos. Y unida a esta historicidad, el trabajo epistemológico ha puesto de presente la necesidad de elaborar una serie de temáticas y conceptos que son ya familiares a nuestra práctica: piénsese no más en conceptos como discontinuidad, ruptura, obstáculo, análisis recurrential, formación de conceptos, constitución de objetos, etc.

Sin lugar a dudas la eficacia que el tratamiento de este tipo de problemas tiene frente a las formas tradi-

1. Véase por ejemplo: Canguilhem G., "El objeto de la historia de las ciencias" en *Etudes d'histoire y de philosophie des sciences*. J. Vrin ed. (trad. de María Luisa Jaramillo).

obstáculos pedagógicos en la enseñanza de la epistemología



j. jairo
montoya g.

cionales de abordar el análisis de las teorías, se manifiesta en las posibilidades investigativas que abre.

No obstante es necesario reconocer allí limitaciones internas que la misma práctica epistemológica conlleva, más como situaciones planteadas por los mismos discursos sobre los cuales se desarrolla, que como carencias por parte del epistemólogo.

Y es aquí donde se hace necesario delimitar el alcance del trabajo designado como epistemología así como clarificar el dominio sobre el cual se ejerce. ¿Cómo pensar por ejemplo bajo dicho término, el análisis de cualquier tipo de discurso olvidando de paso "las diversas emergencias" en las cuales se sitúa? ¿Cómo pasar por alto el hecho de que en la historia de su constitución los discursos entran en instancias que definen su coherencia y determinan sus momentos de constitución interna? ¿Cómo, en fin, analizar esto que Bachelard ha designado con toda propiedad umbrales, no como los simples niveles de racionalidad de la "teoría", sino como las diferentes etapas —sin que ello implique tampoco la idea de secuencia lineal y obligatoria— de la formación histórica de las teorías?

No obstante dichos interrogantes no deben confundirse con lo que es el trabajo epistemológico. Cuando más son preguntas que se deben resolver al interior del análisis de las teorías, sin que por ello necesariamente se haga un trabajo específicamente epistemológico.

Pensar que por el hecho de mostrar "el punto de estratificación entre formaciones discursivas definidas por su positividad y unas figuras epistemológicas que no todas son forzosamente ciencias (y que por lo demás jamás llegarán quizás a serlo)"⁽²⁾, es realmente hacer un trabajo que si bien tiene todo un dominio de validez —y de hecho es éste el terreno en el cual por nuestra misma formación filosófica nos movemos casi todos— no debe confundirse con el trabajo propiamente epistemológico. Vale decir: este trabajo tiene condiciones muy concretas: es un análisis que se desarrolla al interior de teorías científicas constituidas como tales (sus normas de validez no las define la epistemología) y en donde como dice D. Lecourt, se trata de "estudiar, descubrir y analizar los problemas tales como se plantean o se eluden, se resuelven o se desvanecen en la práctica efectiva de los investigadores"⁽³⁾.

En síntesis esta exigencia del conocimiento de las teorías sobre las cuales se ejerce la reflexión episte-

mológica nos sitúa ante la necesidad de diferenciar los diversos dominios sobre los cuales es posible desarrollar este trabajo como pertinente. Y quizá es aquí donde se da la primera perspectiva de la cual hemos hecho mención al comienzo de este análisis, porque es frecuente encontrar el traspaso de conceptos elaborados básicamente en la reflexión epistemológica de las ciencias naturales, bien a otras teorías que si plantean las mismas discusiones básicas con respecto a su formación y constitución, no obstante ofrecen peculiaridades que es necesario no olvidar a la hora del análisis, o bien a formas de análisis donde más que la teoría misma, lo que está en juego es ella, en la medida en que "da lugar a un saber (no necesariamente científico) y en que ese saber toma el estatuto y el papel de ciencia"⁽⁴⁾.

La primera extrapolación da lugar a buscar en una teoría problemas que no existen (piénsese en lo problemático de ciertos conceptos del análisis de las ciencias matemático-deductivas transpasados a las ciencias llamadas sociales); la segunda, da lugar a convertir "la epistemología" en el único análisis posible, olvidando la especificidad de reflexiones tan distintas como la propiamente filosófica, la arqueológica, etc. En aras de tal generalidad, se pierde así la pertinencia de estos análisis y la eficiencia que ellos puedan tener.

Igual causa es la que produce aquella segunda perspectiva y que aquí sólo esbozaremos:

¿Qué razón más valedera hay para rechazar el análisis epistemológico, como generalmente se ha hecho por parte de muchos hombres de ciencia, sino el desconocimiento del terreno específico y delimitado sobre el cual ha de moverse dicho análisis? Cuando los problemas de una ciencia específica no se plantean en su propio terreno es difícil encontrar, inclusive, la manera de formularlos. Cuando se abordan y se elaboran desde regiones distintas, es fácil rechazarlos como no pertinentes. En ambos casos y desde ángulos distintos se oculta el mismo problema.

No sin razón el proyecto de establecer relaciones interdisciplinarias entre las diversas actividades científicas, ha de ser repensado; porque teniendo a su base ese terreno tan ambiguo —por lo no delimitado— del trabajo epistemológico, dicho proyecto se ha convertido en un verdadero obstáculo para la justa reflexión sobre las ciencias, permitiendo de paso que la epistemología adopte en su funcionamiento algo que ella por su mismo estatuto ha de poner en tela de juicio: las visiones totalizantes del conocimiento.

2. Foucault M. *La arqueología del saber*. Ed. Siglo XXI editores S. A. Méjico, 1971. p. 321.

3. Lecourt D. *Para una crítica de la epistemología*. Ed. Siglo XXI, Argentina, 1973. p. 71.

4. Foucault M. *La arqueología del saber*, op. cit., p. 321.